

DE LA

# SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

← — Madrid. — Febrero de 1907. — →

\*\*\*\*\*

Director del BOLETÍN: *D. Enrique Serrano Fatigati*, Presidente de la Sociedad, Pozas, 17.  
Administradores: *Sres. Hauser y Menet*, Ballesta, 30.

## Monumentos de Avilés.

(Continuación.)

### IGLESIA DE SAN FRANCISCO

La Orden monástica de San Francisco fué traída á Asturias por un compañero del Seráfico fundador: Fr. Pedro Compater, que levantó en Oviedo el convento de este nombre, en cuya gótica iglesia de bellos ábsides, bárbaramente destruída en estos días, yacían las cenizas de aquel venerable siervo de Dios, y las de muchos asturianos ilustres del apellido de Valdés. Extendióse por el país la religión franciscana, siendo el Monasterio de Avilés el más importante después del de la capital. Remonta su origen al reinado de Enrique II, según dicen antiguos documentos anteriores al año de 1380 en que se supone haber sido fundado. Carballo se inclina á creer que en este lugar estaba situado el monasterio Abelaniense, otros el de Samos, y no falta quien atribuya á los templarios su erección, á los que el vulgo suele asignar el origen de numerosas fundaciones religiosas. Ya hemos demostrado en otra parte lo absurdo y erróneo de estas opiniones, y no insistiremos en combatir las. Es muy probable, sin embargo, que tuviera aquí su asiento la Basílica de San Juan ó de Santa María, pertenecientes á la *villa* de Illés ó Abellies, citadas en la donación de Alfonso III del 905, porque en unas excavaciones practicadas no hace mucho tiempo en la actual iglesia se encontró un fragmento decorativo que manifiesta el Arte de la época de la Monarquía. Según cuenta el maestro Gil González Dávila, fueron protectores de esta santa casa Juan Alonso de Oviedo y su mujer Aldonza González, contribuyendo con cuantiosos recursos á la construcción del templo, que más adelante, en 1522, sufrió grandes desperfectos, causados por el terremoto que derruyó muchos edificios del Principado (1).

(1) Carballo reproduce en su historia de Asturias el siguiente extraño suceso acaecido en Bolet. de la Soc. Esp. de Exc. — 3

Esta iglesia, como sus hermanas la de San Nicolás y Sabugo, ha sido víctima de las restauraciones que se hicieron del siglo XVII á nuestros días, que han alterado sus primitivas formas románicas. Es de una sola nave, y á uno y otro lado del presbiterio hay dos espaciosas capillas, separadas por arcos semicirculares, que por su diafanidad tienen más bien el aspecto de brazos de crucero ó de naves laterales. Un arco toral apuntado con el dovelaje desnudo de molduras, da ingreso á la capilla mayor, de planta rectangular, alumbrada por una gran fenestra, dividida por un parteluz, sin más ornatos que la ojiva que cierra sus vanos gemelos. Cubre el santuario una hermosa bóveda de crucería de entrelazadas nervaduras con claves colgantes en las intersecciones, que fuéalzada posteriormente á la construcción del templo, acaso en el siglo XVII en que, como hemos dicho, á pesar de imperar en todas partes el greco-romano, se hacían en este país bóvedas góticas. La carencia de contrafuertes en los muros de la nave, indica claramente que tenía una techumbre aparente de madera, que más tarde se ocultó con una bóveda tabicada de yesería, que fué derribada á mediados del siglo pasado para hacer la no menos fea y antiartística que hoy se contempla. En los altares domina el churriguerismo y el mal gusto, viéndose en uno de ellos una hermosa imagen de Santa Rosa, obra del afamado escultor asturiano Antonio Borja, discípulo del gijonés Luis Fernández de la Vega, y éste á su vez lo fué de Gregorio Hernández, jefe de la escuela escultórica Vallisoletana (1).

En las capillas campean magníficas tumbas murales, viéndose en la de Santiago dos juntas cobijadas por arcos apuntados, con las urnas exornadas de arquerías ojivales y de escudos de la familia de las Alas, sobre las que descansan dos estatuas de hombre y de mujer sin inscripciones que digan los nombres de los personajes allí sepultados; y en la opuesta álzase también otra anónima muy notable, albergada en un nicho cerrado de arco semicircular, sostenido el sarcófago por leones, con una figura yacente bien ejecutada, con ángeles á la cabeza y á los pies, emblema de la armas de esta Casa, que pretendía traer su origen de un hecho milagroso acaecido en el castillo de Gauzón. No queda del románico claustro ni siquiera la memoria, desaparecido, como todos los de los monasterios de Asturias, á impulso de la reacción neo-clásica de los siglos XVII y XVIII. Aquellas bajas arquerías sobre robustos basamentos, sustentadas por columnas de cortos fustes y abultados capiteles, cubiertas de ennegrecidos techos de madera, alumbraban débilmente sus ánditos convertidos en cementerios, en cuyos suelos y paredes se veían tumbas y losas sepulcrales con leyendas en bárbaros versos latinos que decían las virtudes de los monjes y levitas que esperaban allí el día de la resurrección. Al realizarse entre nosotros, aunque más tarde que en Castilla, la evolución artística del Renacimiento, el claustro de la Edad Media, de una sola planta, desaparece, y en su lugar se levanta el *patio* clásico, remedo de las construcciones palacianas del siglo XVI, con sus amplias galerías de co-

esta casa, que cuenta el P. Gonzaga: Al celebrarse la fiesta de San Antonio de Padua en este convento, Nicolás Alfonso de Avilés, por instrucción de su abuelo Juan Alonso de Avilés, abriendo un pez para dar de comer á los frailes, hallaron en el buche una sortija que el mismo Nicolás Alfonso había perdido en el mar, cayéndole del dedo, yendo navegando, de que había recibido mucha tristeza por la gran estima que la tenía, por haber sido de su padre y abuelo y de precio, lo cual fué atribuido á milagro del santo.

(1) En la iglesia de San Nicolás existe una imagen de la Virgen del Carmen tallada por Borja. (Ceán Bermúdez, *Diccionario de los Artistas Españoles*, t. I, pág. 166.)

lumnatas ó de pilastras, abiertas á la luz, repartidas en dos pisos, sin sepulcros, sin inscripciones, sin nada que recuerde la vida contemplativa, el misticismo y la muerte. Los dos únicos claustros de arquitectura religiosa que existen en este país, el de la Catedral y el del convento de San Vicente de Oviedo, fueron también víctimas de antiartísticas restauraciones, cuando al mediar el siglo XVIII alzaron sobre sus afiligranados ventanales los pesados cuerpos de barroco estilo al que pertenece el de este monasterio franciscano.

El templo carece de fachada principal y su ingreso está abierto en el muro septentrional de la nave, protegido al exterior por un enorme pórtico de clásica arquitectura, que si le agobia con su mole, le preserva de la intemperie y le mantiene en buen estado de conservación. Domina en la portada el arte románico, si bien la ojiva logró introducirse en las archivoltas, lo que confirma haber sido construída en el siglo XIV. No desdice tan peregrino ingreso, ni por sus proporciones, ni por su belleza, de los que exhiben las iglesias de Sabugo y San Nicolás. Está formado por cuatro archivoltas abocinadas, sostenidas por ocho columnas, la mitad á cada lado, cuyos cilíndricos fustes descansan sobre bien perfiladas basas, que á su vez asientan en dobles dados. En los capiteles muéstrase exuberante la ornamentación vegetal, envueltos graciosamente los tambores en hojas, frondas y algún mascaroncillo, observándose en su composición la eurytmia y no la simetría, cualidad característica de la arquitectura religiosa. Una imposta tallada en bisel, decorada de folias y otros ornatos, corre horizontalmente sobre los capiteles, sirviéndoles de abacos. Las archivoltas acusan más bien el estilo ojival, pues aparte de la forma apuntada de los arcos, el dovelaje no es rectangular, sino de molduras lisas, de toras, escocias y filetes, y sólo la exterior está separada del fondo del muro por una impostilla ornamentada. Corona dignamente esta portada un cornisamento de variados y caprichosos canchillos, entre los cuales se ven folias, flores y cruces cobijadas bajo el entablamento abiselado y exornado de tallos y hojas, y en la cara inferior trenzas y otros adornos propios de este estilo arquitectónico.

*Capitel romano.*—A los pies de la iglesia, bajo el coro, en sitio oscuro y aprisionada por espesa reja, se ve una pila bautismal que no pertenece, como todos los monumentos religiosos de Avilés, al Arte cristiano. Los romanos no levantaron en Asturias construcciones artísticas durante su larga dominación, como hemos dicho, así es que causa sorpresa la presencia de este magnífico fragmento de la arquitectura clásica, digno de figurar en la misma capital del imperio por sus proporciones colosales, por el rico material de que está formado, y sobre todo por la belleza de su estilo. Es un capitel de orden corintio, de noventa y seis centímetros de alto por otros tantos de ancho en su mayor vuelo. Envuelven el tambor doble fila de hojas de acanto finamente picadas, de entre las cuales brotan los vástagos y caulicalos que salen hasta los ángulos del cimacio, que al desarrollarse forman graciosas volutas... Desgraciadamente tan bella perspectiva se ve más bien con los ojos de la imaginación, porque allá, sabe Dios cuándo, una bárbara mano le despojó de sus ricos ornatos, arrancó los caulicalos, borró las líneas delicadas de sus hojas, lo relabró todo, dejándolo escueto y medio desnudo de su exuberante vegetación.

No impiden, sin embargo, esas mutilaciones percibir las correctas formas que acusan la presencia del orden corintio en sus mejores tiempos, siendo

probablemente tallado en la segunda centuria de nuestra Era. Por los módulos que tiene el capitel en su collarino, se deduce que la columna á que pertenecía no bajaba de 30 pies de altura, proporciones semicolosales, que sólo se empleaban en los peristilos de los templos de las grandes ciudades romanas. Los críticos del siglo XVIII y de principios del siguiente, Jovellanos, Ceán Bermúdez y Carlos Posada, asturianos todos, se fijaron detenidamente en este capitel, tanto por el carácter clásico de su arquitectura, en la que eran tan peritos, como por ser el único resto romano de importancia que habían hallado en este país. ¿De dónde vino ese grandioso fragmento monumental, la *uña de león*, como la llama elegantemente Jovellanos? No se sabe, ni es fácil averiguarlo. Ceán Bermúdez, que entre aquellos críticos era el que conocía mejor las antigüedades asturianas, dice: «Al considerar la belleza y perfección de este trozo de arquitectura, que hubo de pertenecer á un suntuoso edificio, y lo inverosímil de que lo construyesen los romanos en un país donde no hicieron más que obligar á los naturales á trabajar en las minas y canteras, no puedo menos de sospechar que la trajo de otro lugar algún aficionado á las Bellas Artes, y éste, acaso, fué D. Pedro Solís, natural de Avilés y Protonotario y Camarero del Papa Alejandro VI» (1).

Respetando la opinión de tan autorizado crítico, nos permitiremos objetarla, manifestando que no debió ser traído de Roma, en el Renacimiento, sino en la Edad Media, época en que los viejos capiteles se convirtieron en pilas de agua bendita, y no venido de la Ciudad Eterna, con la que no tenía Avilés fáciles comunicaciones por la larga distancia. Más probable es que proviniera de una importante población marítima de la Península, como Lisboa ú Oporto (2), ó más bien de Francia, en cuyo litoral existieron las ciudades romanas de Burdeos, Tours y otras, que mantenían relaciones comerciales con esta villa, según dicen curiosos documentos de los siglos XIII y XIV (3).

El arquitecto D. Manuel de la Peña Padura, académico de mérito de la de San Fernando, y teniente arquitecto mayor de Madrid, sacó en 1798 un bosquejo de este capitel, y después, en 1814, hizo un vaciado en yeso de una cuarta parte de su circunferencia para presentarlo á la Real Academia, que aceptó, reconocida, tan artístico donativo (4). Estuvo sirviendo el capitel de pila de agua bendita en el cementerio de la iglesia parroquial de San Nicolás, situado á mano derecha de su principal ingreso, adosado al muro de su románica portada. Allí le vieron y le estudiaron los eminentes críticos que hemos citado; pero no muchos años después, cuando este templo dejó de ser

(1) *Sumario de las antigüedades de España*, pág. 196.

(2) De esta ciudad llevó Alfonso el Magno, á fines del siglo IX, columnas romanas y otros mármoles para decorar la Basílica Compostelana.

(3) Véase la «Colección diplomática del Ayuntamiento de Oviedo», publicada por D. Ciriaco M. Vigil, págs. 171, 72 y 73.

(4) Sr. D. Manuel de la Peña Padura.—En Junta ordinaria de 7 de este mes, hice presente á nuestra Real Academia el vaciado en yeso que V. S. sacó en Avilés del trozo de capitel corintio, esculpido en mármol, que se halla á la entrada de la iglesia parroquial de dicha villa, y sirve de pila de agua bendita. Visto por los señores profesores abundaron en la idea de V. S., ya por su particular mérito, ya por ser una oferta nacida de su filial reconocimiento y del honroso deseo de propagar y fomentar con el estudio de la antigüedad el noble arte de la arquitectura que profesa. Le participo á V. S. el acuerdo de la Academia para su gobierno y satisfacción. Dios guarde á V. S. muchos años.—José Munárriz.

parroquial, fué llevado al de San Francisco, donde hoy se encuentra dedicado á pila bautismal.

No deja de extrañar que siendo la única misión de un capitel la coronación de una columna, aparezca en la Edad Media adaptado á uso tan distinto como de pila de agua lustral en una iglesia cristiana. En Asturias es acaso más frecuente este hecho que en otras partes, por lo que nos permitiremos decir dos palabras acerca de él. Las pilas bautismales de las primitivas basilicas cristianas y de los templos visigodos eran grandes cubetas de piedra ó de fábrica, empleándose también los labros de las termas romanas.

En las Sedes episcopales estaban situadas en edificios aislados, llamados baptisterios, ó en el centro de los atrios, rodeados de pórticos que precedían á los templos. Cuando cayó en desuso el Bautismo por inmersión, no hubo necesidad de pilas tan grandes, y se labraron tazas de piedra, que conservaban la forma de los antiguos labros, que los árabes españoles aprovecharon para pilas de abluciones de sus mezquitas. En Asturias conservaron estas pilas durante la Edad Media la forma tradicional, siendo un bello ejemplo la de San Pedro de Villanueva, del siglo XII, hoy custodiada en el Museo Arqueológico Nacional. En los templos levantados en la época de la monarquía asturiana desaparecieron los patios ó atrios cuadrangulares, y las pilas bautismales se albergaron en los pórticos que circuían las iglesias, y por fin dentro de las naves, á los lados de los ingresos.

En las construcciones religiosas de la primera mitad de la Edad Media se empleaban los restos decorativos de los monumentos romanos, y entonces se convirtieron los capiteles en pilas de agua bendita, especialmente los del orden corintio, que por la riqueza de sus ornatos y por su forma alargada se prestaba á esta transformación, ahuecándolos, á manera de vaso, para contener el sagrado líquido, y colocados para ganar altura sobre un pedestal que solía ser un trozo de fuste de una antigua columna. En el interior de España, y particularmente en Extremadura, donde abundan las poblaciones monumentales, se ven todavía en las iglesias muchos capiteles dedicados á este uso. En Asturias, á falta de ruinas romanas á quien despojar de estos bellos miembros arquitectónicos, se imitaban toscamente los viejos modelos ó se labraban siguiendo los diversos estilos dominantes en la Edad Media. Hállanse con frecuencia sirviendo de pilas, capiteles del tiempo de la monarquía, aprovechados con este objeto en las diversas reedificaciones que han tenido nuestros templos, pudiendo citar entre ellos las de San Francisco de Oviedo (hoy desaparecidos) y de la Colegiata de Gijón.

*Friso latino-bizantino.*—En la capilla de Cristo existe un curioso fragmento decorativo, de época muy anterior á la fundación de la puebla de Avilés, perteneciente sin duda, como acabamos de decir, á una de las dos iglesias citadas en la donación del Rey Magno, que debió estar situada muy cerca ó en el mismo lugar que la actual. Se halló no hace mucho tiempo, cuando se hizo la última restauración del templo, teniendo el acierto de incrustarle en el muro donde está libre de toda profanación. Ofrece esta interesante antigualla idénticos caracteres artísticos que se ven en los escasos fragmentos que de la época visigoda se encuentran en Mérida, Córdoba y Toledo. Su ornamentación acusa el arte contemporáneo de la monarquía asturiana, llámese latino-bizantino ó como se quiera, porque la clasificación arqueológica de los monumentos de este oscuro período está todavía por hacer. En una losa de

piedra marmórea y entre dos anchos filetes aparece un tallo serpeante de vid, con las hojas semihundidas, y marcadas las tres picaduras con líneas convencionales, no imitadas del natural, y las uvas de forma más imaginaria que real, orilladas de un filete cual si fueran perlas encerradas en un estuche. Este motivo ornamental se prodiga en las basílicas asturianas de los siglos IX y X, y se ve en el antepecho del altar de la iglesia de Santa Cristina de Lena y en el de la de Santianes de Pravia (1), y citando ejemplo más lejano, en el de San Eleucadius, en la basílica de San Apolinar in Classe de Rávena, lo que muestra el origen bizantino de este caprichoso ornato que en el templo primitivo formaba parte de la *transenna* ó valla de piedra que separaba la nave ó crucero del santuario ó ábside, como vemos en la citada iglesia de Santa Cristina, donde está reproducido con exactitud este notable friso.

#### IGLESIA DE SANTO TOMÁS DE SABUGO

Separado antes por ancha marisma y unido hoy con magnífico caserío, se encuentra al Norte de la villa el arrabal de Sabugo, situado en un bajo teso al pie de la elevada planicie de la costa que desciende suavemente hasta morir en la orilla de la ría. No era en la Edad Media un barrio suburbano como en la actualidad, sino que formaba una localidad independiente con su término deslindado. Su origen debe remontarse á muy lejanos tiempos, acaso á los de la Monarquía, pues según dice el testamento que hicieron en 1199 Alfonso IX y su mujer D.<sup>a</sup> Berenguela al Salvador de Oviedo, en la que dona la quinta parte de los *fogares y calupnias* que aquel Monarca percibía en este pueblo, á cambio de otras heredades que el Cabildo tenía en Larenes (Llarnes?) y otros lugares, existían dos iglesias por lo menos, consignando además la terminante prohibición de que nadie pudiera levantar allí un nuevo templo, más que el Obispo ovetense; prudente medida que más tarde, en 1269, el Rey Sabio extendió á todas las iglesias que se alzaran en las pueblas que entonces se creaban, para evitar que los señores y los municipios quisieran ejercer en los templos parroquiales derechos y jurisdicciones sólo compatibles con la autoridad episcopal. Es de sentir que no dijera esta donación los nombres de los Santos titulares de estas basílicas, porque sabríamos si era alguna, ó acaso ambas, las que aparecen en el testamento de Alfonso III. De todos modos debieron ser pobres y mezquinas, cuando al finar el siglo XII se hacía necesaria, dado el desarrollo del pueblo, la construcción de un templo de más vastas proporciones.

La iglesia actual, hermosa muestra del Arte cristiano, fué construída probablemente, según dice el Sr. Fernández Guerra en una de sus notas del Fuego de Avilés, á principios del siglo XII, por la Infanta D.<sup>a</sup> Sancha, á quien su hermano Alfonso el Emperador dió el título honorífico de Reina. En uno de los iconísticos capiteles que ostenta el ingreso principal creyó ver los bultos de la augusta fundadora y de los Obispos consagrantes de él. Más acertado

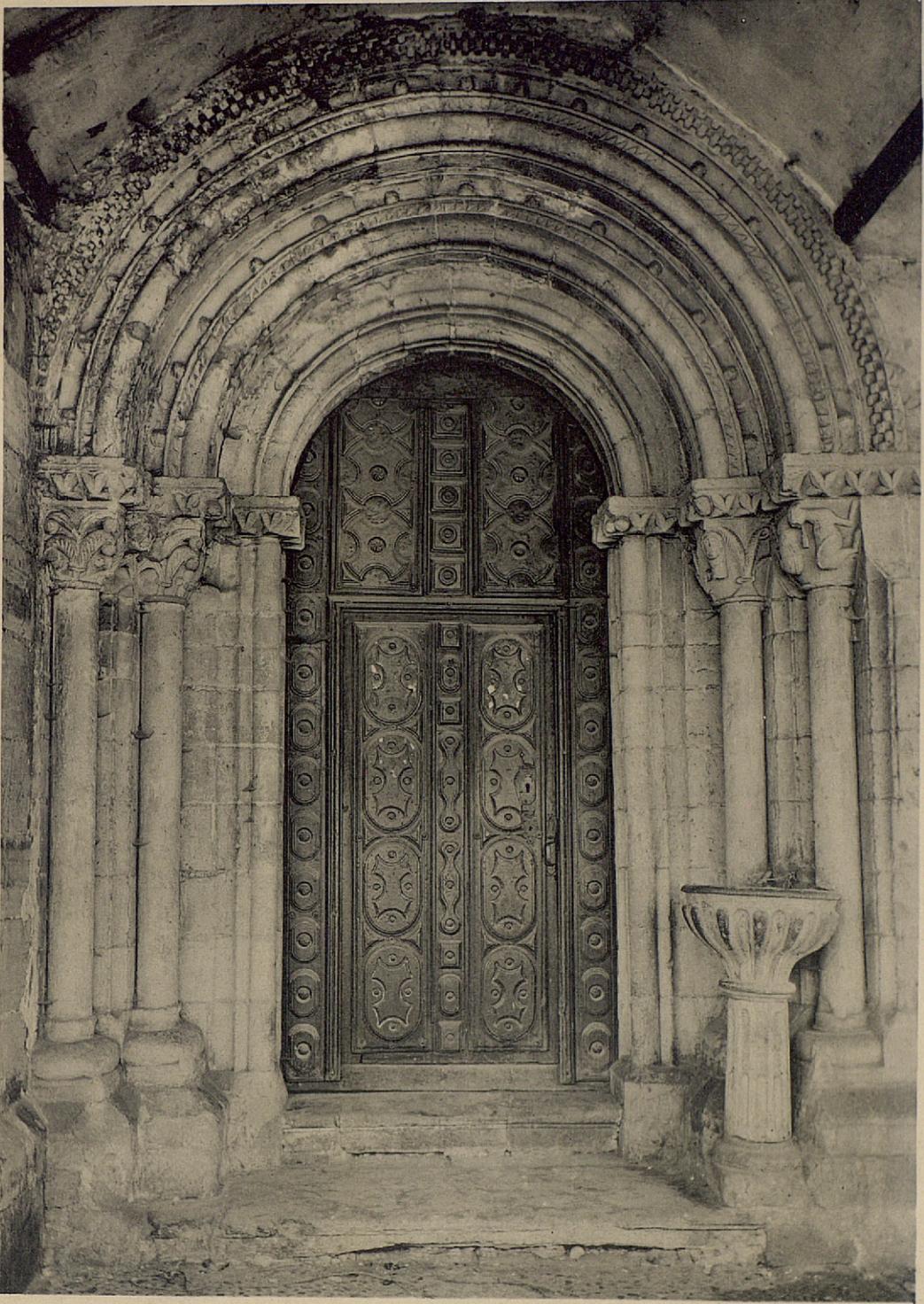
(1) El altar de la basílica de Silo, el más antiguo de España, erigido en los años de 774 á 83, fué arrancado de su sitio en 1894 y sustituido por otro de escaso mérito. Afortunadamente ha sido salvado de inminente destrucción, y ha hallado digno albergue en el ábside de la capilla mayor de la cripta de la Iglesia de Jesús, levantada en estos días en el pueblo del Pito, próximo á Cudillero.



*Fotografía de Hauser y Menet.—Madrid*

AVILÉS

Portada de Santo Tomás de Sabugo



*Fotografía de Hauser y Menet. — Madrid*

AVILÉS

Puerta lateral de Santo Tomás de Sabugo

estuvo el sabio académico en la etimología del nombre de Sabugo (1) que en la fijación de la época en que fué erigida la iglesia, que no se remonta ciertamente á tan lejana fecha. Ningún documento existe en que conste haber sido levantada en el siglo XII, ni puede hallarse, porque la arquitectura á que pertenece es la románica, aunque alboreando el período de *transición*, empleada dos siglos después, viéndose en la portada principal, y en algunos vanos cerradas las archivoltas por arcos acentuadamente apuntados y otros ornatos pertenecientes al arte ojival. Existen en Asturias numerosas iglesias del mismo género, tan semejantes á ésta que parecen obra de una misma mano, cuya fecha es conocida, y de su estudio se deduce, con seguridad de acierto, que la de Sabugo, como la de San Francisco, fué construída en el siglo XIV, época en que la ojiva comienza á manifestarse en los monumentos del Principado.

El capitel á que se refiere el Sr. Guerra le forma un tambor circular en la parte inferior y cuadrado en su unión con el abaco, agrupadas alrededor de él, no tres cabezas, como dice, sino cinco, todas iguales, al parecer femeniles, con trenzas orillando la frente y los lados, y cubierta cada una con su caperuza triangular algo parecida á la montera asturiana. Aquellas simétricas cabezas, toscamente esculpidas, rígidas é inmóviles, no tienen símbolo alguno que demuestren ser de reinas y de Obispos; son simplemente mascaronicillos, elemento decorativo muy usado entonces para exornar capiteles, ménsulas y los conecillos que sostienen los tejares. Donde sí aparece una tosca cabeza cubierta con una mitra es en el ángulo saliente de una de las pilastras que reciben las archivoltas, y á nuestro entender más bien que el simulacro de un Obispo debe ser un símbolo para indicar que el templo pertenece al Prelado ovetense, según la expresa voluntad de Alfonso IX y su consorte Berenguela. Razones no suministradas por la arqueología afirman nuestra opinión de que la fecha de la erección del templo es posterior á la que le asigna el Sr. Guerra. Está consagrado bajo la advocación de Santo Tomás de Canterbury ó Cantauriense, como vulgarmente se le llama, que padeció el martirio en Inglaterra en 1170, siendo elevado á los altares tres años después. Su culto tardó en extenderse mucho tiempo por España y es de suponer que no habrá llegado á Asturias hasta entrado el siglo XIV, cuando aquí imperaba el Arte á que pertenece este notable monumento.

La iglesia de Sabugo, como todas las de Avilés y la mayor parte de los templos románicos de Asturias, ha sufrido restauraciones que la han quitado el carácter artístico, teniendo que hacer un esfuerzo de atención, auxiliado por la arqueología, para verla en su pristino estado (2).

Los siglos XVII y XVIII, época funesta para los monumentos de la Edad Media, han dejado huellas indelebles de su paso, vistiendo sus muros la arquitectura greco-romana. Tiene una sola nave, amplia, de buenas proporciones y una alargada capilla mayor terminada en semicírculo. Cubriala un techo

(1) De la palabra latina Sambucus, de la que se ha formado la asturiana Sabugo y la castellana Saúco. Hay en Asturias muchas localidades conocidas con este nombre y con su variante *sabugal*, bosque de saúcos.

(2) Dice Jovellanos de este templo: En Sabugo, contíguo á Avilés, se halla una iglesia que por su forma se conoce ser de mayor antigüedad que la de San Nicolás de Avilés, por ser más parecida á la de Villamayor y Villanueva. Se conservan bien los arcos de las dos puertas á los pies y costados; se conoce que fué consagrado porque se conservan las cruces grabadas en ambas puertas. (M. Marina, t. IV, legajo 108).

de madera de dos aguadas, siendo visible interiormente la armadura del tejado; pero en el siglo XVIII se le adosó debajo de las vigas tirantes una bóveda de medio cañón, dividida en tres compartimentos iguales con grandes lunetos, donde se albergan los vanos, que casi se tocan cual si fueran de arista. Para resistir el peso de la postiza bóveda y contrarrestar su empuje, se reforzaron los muros interiormente con pilastras resaltadas que coronan molduradas impostas, y por el exterior con abultados contrafuertes. En la pared septentrional de esta nave se abrieron grandes arcos que dan paso á unas capillas que se comunican entre sí por espaciosos vanos cubiertas de bóveda de crucería.

Nada conserva el cuerpo de la iglesia de su primitiva forma más que el arco toral que da ingreso al santuario. Se compone de dos grandes archivoltas con anchas dovelas rectangulares, sin ornatos, orillada la exterior de una graciosa imposta que sigue en el extradós la curvatura del arco, el cual en su forma apuntada lleva el sello del período de transición, entre el arte románico que expira y el ojival que nace. Sostienen las archivoltas, cilindricos fustes albergados en los codillos y en los frentes de las pilastras, con sus basas que recuerdan las áticas y los historiados capiteles, cuya composición apenas se percibe, cobijados bajo abiseladas impostas características de este bello estilo. Franqueado el arco toral se encuentra el santuario, de planta cuadrada, cubierto de una bóveda de crucería, con abultadas claves que por lo esmerado de la ejecución y lo complicado de la traza revela ser obra del siglo XVI. Es ciertamente bello su aspecto, pero cuadrábale mejor la bóveda de cañón seguido que antes tenía, que si bien estaba desnuda de ornatos, coadyuvaba á dar á la nave la sencillez que caracteriza las construcciones religiosas de este período. Termina el testero en un ábside semicircular, al que se adapta un cascarón de cuarto de esfera, y perfora el muro dando luz al santuario una ventana, hoy oculta por las edificaciones que se adosaron al ábside, posteriormente á su erección. El templo está rodeado de un enorme pórtico, obra desdichada del siglo XVIII, á cuya sombra se puede albergar toda la población de Sabugo.

Tan pesada mole impide que se contemplen como se debe las archivoltas de los ingresos, y es necesario alejarse para ver la coronación del santuario que se levanta sobre el tejado del atrio, con su cornisa de graciosos canecillos y moldurado entablamento, y los fustes empotrados en el curvo muro del ábside. Alzase por el lado opuesto la severa fachada de piedra de cantería, oculta su mitad inferior por la aguada, sobre la que descuella una espadaña de dos vanos.

La portada principal se destaca de la fachada para que puedan desarrollarse en el espesor del muro las cuatro archivoltas que decoran este hermoso ingreso. Sobre un elevado basamento, descansando en dados, se levantan cuatro columnas en cada lado, albergadas en los codillos de las pilastras, y en las dos más gruesas, que sirven de jambas á la puerta, se ven grabadas, en la parte superior de los cilindricos fustes, sendas cruces de consagración. Las basas recuerdan las áticas por sus toros, ocultos algunos por las modernas pilas del agua bendita que, sostenidas por trozos de columnas, aparecen en los ángulos entrantes del basamento. Muy notables son los capiteles, en los que la ruda imaginación del artista quiso representar animales fantásticos, cuadrúpedos, aves, cabezas humanas, vegetales, que expresan alguna leyen-

da misteriosa imposible de interpretar. No se observan las leyes de la simetría en la composición de los asuntos y en su agrupación. Al lado de un capitel iconístico se ve otro con motivos tomados de la fauna ó de la flora; pero en todos hay una armonía, una euritmia, una unidad artística tan completa como la que se encuentra en las arquitecturas obedientes á los preceptos inflexibles de la simetría. Carecen estos capiteles de abacos, ni los necesitan, porque les sirve de coronación la saliente imposta tallada en bisel con relevados adornos triangulares que separan las columnas de las arquerías, las cuales terminan en ojiva más acentuada que la equilátera, revelando su forma, como los toros y las escocias que los separan, pertenecer al período de transición, que, según hemos dicho, vino más tarde y echó hondas raíces en las construcciones del país, alcanzando su vida hasta fines del siglo XV cuando ya la arquitectura gótica estaba en plena decadencia en Castilla y alboraba el risueño Arte del Renacimiento. Las portadas románicas de aquel tiempo ostentaban todas sus archivoltas frisos bellamente esculpidos, decorados de metopas y variados canecillos que sostenían el entablamento. En los ingresos de las iglesias de Avilés muéstranse visibles estos hermosos cornisamentos, pero no el de este templo, oculto por el techo y el tejado del pórtico. Si algún día se derriba este feo armatoste es probable que aparezca mutilado ó destruído, como sucede en San Nicolás (1).

La puerta lateral, aunque menos importante, llama la atención por sus bellas proporciones y su ornamentación. La forman tres archivoltas semicirculares, con los toros más gruesos y las escocias que las separan más anchas y profundas, orillada la arquería exterior de una impostilla, en la que relevan dientes de sierra y otros ornatos. Domina en los capiteles la ornamentación vegetal y en algunos se observa el hecho curioso, sólo frecuente donde existen monumentos romanos como en la Provenza, y es que el artista se inspiró para la composición en el Arte clásico, viéndose, aunque toscamente reproducidos, los caulicalos y las volutas características de los órdenes corintio y compuesto. Los dos fustes que sirven de jambas á la puerta carecen de capiteles y suben hasta la imposta general, de igual corte y dibujo que la del otro ingreso, sobre la cual arrancan las abocinadas archivoltas.

La vieja iglesia de Sabugo ha dejado de ser parroquial, trasladándose el culto á otro hermoso templo construído en estos días, perteneciente á la arquitectura ojival. Acaso este venerable monumento sufrirá la misma suerte que otros muchos de Asturias, bárbaramente destruídos á impulsos de la ignorancia. Es de esperar, sin embargo, de la cultura é ilustración de los avilesinos que no se reproduzca aquí tan fatal ejemplo, y que será preservado de la ruína y del olvido tan interesante recuerdo de la Edad Media.

#### CASAS CONSISTORIALES

El edificio más antiguo de Avilés que lleva impreso el sello de la arquitectura greco-romana es el Ayuntamiento. El desarrollo que había alcanzado la villa en los comienzos del siglo XVII hacia necesario la construcción de un consistorio donde se reunieran decorosamente los representantes del Concejo

(1) A nuestro ruego, el ilustrado cura párroco de Sabugo, Sr. Monjardín, mandó derribar la parte de pórtico que ocultaba el cornisamento de esta portada, que afortunadamente se conserva en buen estado.

que en los albores de su vida municipal hacían sus reuniones en el pórtico de la iglesia de San Nicolás (como los de Oviedo en el de San Tirso), y después en una modesta casa de la calle de la Fruta. El emplazamiento del nuevo edificio no pudo ser mejor elegido. Los límites del murado recinto de la Edad Media eran estrechos para contener la creciente población de la floreciente villa, que rebasó la cerca en el transcurso de los siglos XIV y XV. Como no podía hacerse el ensanche hacia Sabugo, pues la ría llegaba entonces hasta la muralla, rodeándola por aquella parte y sirviéndole de foso, tuvo que extenderse por la parte alta levantándose el caserío á los lados de los caminos de Oviedo y Grado, formando las calles del Rivero y Galiana. Ambas vías arrancaban de un espacioso campo limitado al Norte por el muro en donde se alzaban los dos arcos flanqueados de cubos, que daban ingreso por este lado á la población, levantándose sobre la puerta oriental un elevado torreón que sirvió de alcázar á la villa en la contiendas civiles; y cuando en el Renacimiento perdió su importancia, todavía aspiraban los señores del país al título honorífico de ser sus castellanos, que lo fueron después á perpetuidad los Condes de Canalejas, descendientes de Pedro Menéndez de Avilés.

Apoyadas en la cortina del muro que unía las dos puertas se levantan aisladas las Casas Consistoriales. Afecta la planta de este edificio un paralelógramo con una sola fachada, dividido en dos pisos, perforada la baja por once arcos en su frente y dos en los lados, haciendo una cómoda y espaciosa lonja, y la principal igual número de balcones abiertos á plomo de los vanos inferiores. Tanto estos como los superiores están separados por pilastras fuertemente relevadas de los macizos, que suben desde el suelo hasta la cornisa, cortadas á la mitad de su altura por una faja horizontal que corre entre las dos plantas. Campea en el centro un frontón triangular, sobre el cual carga á manera de ático un cuerpo coronado de un gracioso retablito hecho en nuestros días para cobijar la esfera del reloj. Pudiera criticarse á este edificio la carencia de ornamentación, dadas sus vastas dimensiones, pero si es verdad que no se ven en su fachada molduras, capiteles, guardapolvos y otros elementos decorativos comunes en los monumentos greco-romanos, en cambio, la solidez de su construcción toda de piedra de sillería, la corrección de sus proporciones y la buena traza de sus arquerías le dan un aspecto serio y majestuoso que hace olvidar la falta de decoración arquitectónica.

La situación de este edificio, apoyada su espalda en la muralla y haciendo frente á una espaciosa plaza, es idéntica á la del Ayuntamiento de Oviedo, y no coinciden sólo en el emplazamiento, sino en la forma y traza, que son iguales: como que ambas construcciones han sido levantadas por unos mismos maestros y en el mismo período, precisamente cuando el greco-romano hacía su aparición en Asturias, por lo cual nos permitiremos reproducir lo que en otra ocasión hemos dicho acerca de las vicisitudes que este género de arquitectura ha sufrido en este país. Al morir, hacia el año de 1568, el célebre maestro Juan de Cerezedo, que había mantenido enhiesta durante medio siglo la bandera del arte-ogival, puede decirse que murió también el gótico plateresco del Renacimiento, y desde entonces van despojándose los monumentos de su lujosa vestidura, hasta que, al terminar el siglo, desaparece del todo, como sucede en la iglesia de San Vicente de Oviedo, construída en gran parte por el eminente historiador de la Orden de San Benito, el P. Yepes, en la que se muestran completamente victoriosos los órdenes del greco-romano.

Algunos sectarios de esta escuela neo-clásica, que se daban el modesto título de canteros, paisanos y discípulos de Juan de Herrera, autor de las trazas de El Escorial, vinieron á Asturias, y á ellos se deben varias iglesias y santuarios de escasa importancia en general, pero curiosos, porque revelan la transformación que sufrió aquí el arte de edificar en aquella época. Contábase entre estos maestros algunos que, si bien ignoraban la teoría de su profesión y carecían de inventiva, no dejaban de conocer la práctica de la construcción y el trazado de los miembros más vulgares y elementales de este estilo, que distribuían á veces con acierto, habituados como estaban á ver los monumentos levantados entonces en Castilla con arreglo á las prescripciones Herrerianas.

Distinguióse Güemes Bracamonte en las trazas de la Universidad de Oviedo, severo edificio con algunos resabios platerescos, cuyas robustas fachadas contrastan con las elegantes arquerías del claustro. Los maestros Pedriza, Cajigal, Bárcena, Huertas y Tejera, de origen montañés como dicen sus nombres, nos recuerdan las Casas Consistoriales de Oviedo y éstas de Avilés y las capillas de la Barquera, San Lorenzo y Valdés, de Gijón, y otras muchas construcciones de buena arquitectura. Domina en ellas casi exclusivamente el más serio de los órdenes, el dórico, empleados sus miembros con oportunidad y mesura, aunque la uniformidad con que están repartidos y su constante repetición los hacen monótonos y amanerados. Si el edificio era religioso, su fachada tenía necesariamente en los ángulos pilastras que sostienen el entablamento sobre el que descansa un frontón triangular, en cuyas pendientes asientan, á modo de acroteras, bolas y pirámides características en el estilo de Herrera; y á veces se alza sobre el vértice una espadaña con uno ó dos vanos, coronada de cornisa y piñón que termina en un disco ó en una cruz. El ingreso estaba también flanqueado de columnas ó pilastras para recibir el arquitrabe, friso y corona, con su frontoncillo, si el espacio ocupado por este cuerpo no lo llenaba la hornacina para albergar la imagen del Santo titular, una ventana, ó el escudo con las armas del fundador ó patrono del templo. Distínguense los miembros por la corrección de las proporciones, como el que trazado se hacía con fórmulas sacadas de las obras de Vignola ó Palladio, y de ahí la poca originalidad que se observa en estas construcciones.

Lo mismo que el gótico en la anterior centuria, el greco-romano no llegó á dominar más que en la capital y en alguna que otra villa, pero en el campo, cuando las necesidades del culto exigían el derribo de la pequeña iglesia románica para reedificarla en mayores proporciones, ó por el aumento de la población se hacía una nueva parroquia y un nuevo templo, sólo se atendía á procurar un amplio espacio para los fieles sin cuidarse de que el edificio tuviera carácter artístico. Nada más pobre que una iglesia de aldea asturiana de estas tres últimas centurias, pues no se ven en ella columnas, cornisas, escultura decorativa, como en el románico, ni adorno alguno que revele un género arquitectónico.

FORTUNATO DE SELGAS.

(Concluirá.)



# SILLAS DE CORO ESPAÑOLAS

## ARTE OJIVAL SIN IMAGINERÍA

*Santo Tomás de Avila.*—Es una de las más típicas de este período y forma grupo con las de Miraflores, Sigüenza, Oña, Segovia, Palencia (Catedral y Santa Clara), San Juan de los Reyes, Santa María del Campo (Burgos), Tarazona y con las más sencillas de Mondoñedo, Avalos, Oviedo y los restos esparcidos de la de Mejorada.

En el año 1482 se comenzó á edificar el monasterio de Santo Tomás, costeados los trabajos por los Reyes Católicos. Está situado el coro en alto, á los pies de la nave central; siendo de planta rectangular con unas dimensiones de 13 metros de fondo por 10 de anchura.

La sillería está formada por dos órdenes de asientos finamente tallados en madera de roble, con arreglo al gusto ojival castellano de fines del siglo XV. *Setenta y nueve* sitiales, sin contar los dos laterales destinados á los Reyes, suman en total; siendo los altos, 13 en el fondo ó testero y 16 á cada lado, y los bajos, 8 en el frente con escalera enmedio y 13 á cada costado, también con una escalerita de tres peldaños.

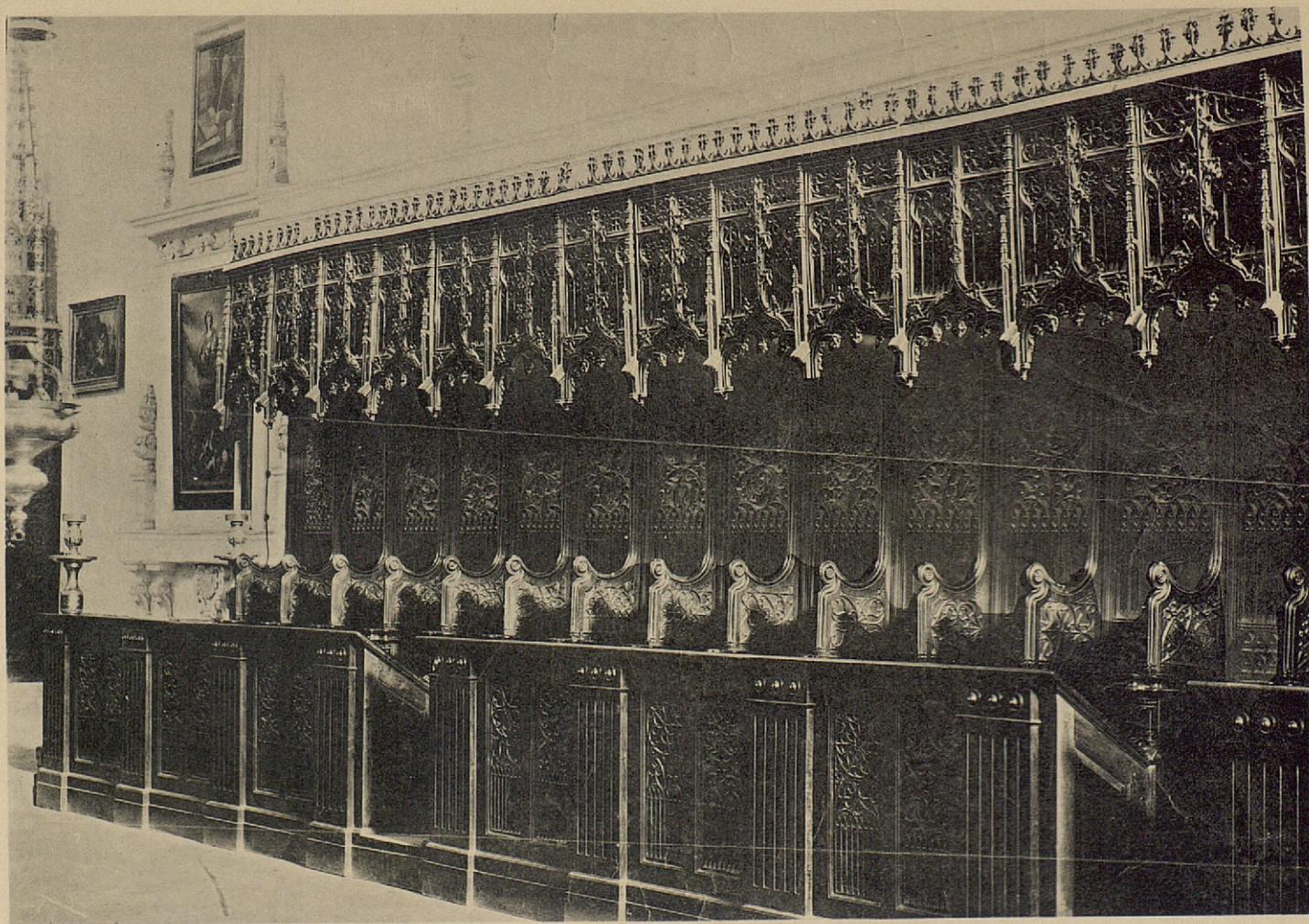
Están cobijadas todas las sillas del orden alto por un dosel corrido de arcos florenzados, orlados de crestería cairelada. Los respaldares sepáranlos finísimas pilastras terminadas en agujas. Y en los tableros, delicadamente tallados, dejó el artista una muestra evidente de su fecundidad creadora, pues con la base de la línea curva, desarrolla un dibujo distinto en cada uno de ellos, decorando los espacios con variadísimos elementos de la fauna y flora, formando, á pesar de esta multiplicidad de detalles, un conjunto tan armónico que al primer golpe de vista parecen iguales todos los motivos.

La parte inferior del respaldo es lisa y los costados están formados de brazales altos y bajos, estos semejando una voluta floronada, en la que apoya una columnita que sostiene el segundo brazal desprovisto por completo de adornos. Las *misericordias* están decoradas con follajes.

Las sillas bajas, muy sencillas, no se diferencian de las otras más que en el tablero tallado que tienen á la altura de los brazales con tracería *entreverada* de arcos ojivales y círculos lobulados.

Los dos sillones laterales antes citados, de mayores dimensiones que los demás, aparecen separados del resto de la sillería por las puertas de entrada, pero unidos á ella por el dosel corrido, á pesar de lo cual constituyen un cuerpo aparte. Son los dos en todo semejantes; el del lado de la Epístola destinado á la Reina Isabel y el otro á D. Fernando. Cobijanlos sendos y elegantes doseletes de la mejor época, formando una torrecilla calada con cairelados, follajes, pilastrillas, contrafuertes, etc., que les dan un aspecto grandioso y monumental. Los respaldos constan de tres partes; un tablero bajo completamente liso, encima un *panel* con tracería á base de semicírculos, y sobre este otro mayor con el escudo de los Reyes, el yugo y las flechas, y follajes muy bien tallados cubriendo los espacios libres.

Entre los elementos decorativos empleados en esta sillería, vemos además de águilas, cuadrúpedos, cardinas, trébol, vid, piñas, etc., los yugos y las



*Fotografía de Hanser y Menet. — Madrid*

BURGOS

Sillería de la Cartuja de Miraflores

hojas y fruto del granado, que denotan su posterioridad á la conquista de Granada.

Los costados exteriores de las sillas, situadas junto á las puertas, están decorados con tallas, figurando jarrones y cardinas con orlas simétricas de motivos vegetales.

Respecto al maestro entallador que concibiera y ejecutara tan hermosa obra, modelo del arte ojival español, no existe documento alguno que nos lo diga; pero la época en que se ejecutó y el estudio comparativo con la de Miraflores, de que ahora hemos de ocuparnos, nos dicen que su autor no pudo ser otro que Martín Sánchez, á quien, sin duda, la Reina, entusiasmada con la que dicho maestro ejecutó para la Cartuja, le encargaría su repetición, como así debió hacerlo por el año 1493 (en que se terminaron las obras) con ligeras diferencias y la adición de los dos siales reales.

*Cartuja de Miraflores (Burgos) (1).*—Esta sillería, aun cuando muy semejante á la anterior, no es tan rica ni elegante, teniendo 40 sillas de nogal obscuro, dispuestas en un sólo orden, y ante ellas álzanse reclinatorios en forma de pupitres, cuyas caras anteriores decóranlas labores de tracería semejantes á las de los respaldos. La diferencia principal entre ésta y la de Santo Tomás es la parte sobrepuesta sobre los brazales altos para que los monjes no se vieran unos á otros, según costumbre de la Orden Cartujana.

Es obra, como hemos apuntado, de Martín Sánchez, vecino de Valladolid; la contrató en 1486 por 125.000 maravedis sin la madera, que fué regalo de D. Luis de Velasco, señor de Belorado. Duró su construcción hasta el 1489 en que quedó colocada.

Está junto á los muros laterales del coro, siendo su aspecto sencillo y elegante. En el testero hay diez sillas, cinco á cada lado de la puerta, sustituyendo á las que se quemaron; son también de nogal, sencillo dibujo y bien construídas. La silla del preste está separada de las demás y forma por sí sola un monumento, muy semejante á la silla prioral de la Orden de Santiago, que estaba en el coro de la iglesia de Uclés. El respaldar es casi doble de alto que los costados y sobre él apoya únicamente el doselete de forma octógona, rematando en pináculo; toda ella finamente entallada con follajes y tracería calada.

*Silla de Uclés.*—En la antigua iglesia que la Orden de Caballeros de Santiago poseía en Uclés, hubo una sillería que se destruyó al levantar el nuevo edificio en el siglo XVI y de la cual solo nos resta el sitial destinado al prior, por el cual puede juzgarse que el resto de ella sería muy semejante á las dos que hemos descripto. Es de arte ojival florido como aquéllas y ha sufrido restauraciones de mal gusto, como las cuatro columnas corintias que sostienen el doselete. Mide seis metros de altura por uno aproximadamente de anchura, siendo el asiento fijo y lisos los brazos y parte inferior. El respaldar hasta el doselete consta de tres cuerpos cuajados de tracería en relieve, formando rosetas y bifolios falcados. El doselete lo componen otras tres partes: *inferior*, de arcos conopiales con crestería bitrebolada y agujas en los ángulos, rematando en grupos bastardos; *central*, más estrecha y alta, dividida por contrafuertes con arbotantes y dobles agujas, entrepaños de dobles arcos lanceolados inscritos en otro semicircular, sobre los que voltean rosetones con trace-

(1) En este monasterio hay otra llamada de menores, que es de estilo renacimiento y de la que nos ocuparemos más adelante.

ría cobijada por arcos canopiales, agujas y crestería, y, finalmente, la *superior*, de forma piramidal con dobles ajimeces y rosetones en sus caras.

Este sitial se guardó en el monasterio de Uclés hasta mediados del siglo XIX, en que pasó al Museo Arqueológico Nacional, y poco después á la residencia del Obispo Prior de las Ordenes militares en Ciudad Real.

*Catedral de Sigüenza.*—Produce su vista efecto análogo á la de Santo Tomás, y al igual que en ella, las combinaciones geométricas de sus entalladura se multiplican, demostrando la gran riqueza de imaginación de aquellos maestros, pues ni una sólo se repite. La misma descripción general que pudiera hacerse de una corresponde á la otra, sin más diferencia que la silla episcopal que aquélla no tiene y los dos siales reales de que ésta carece. Es la silla del Prelado de forma elegante y severa, y vemos en su respaldo dos imágenes de los Patriarcas bajo sendos arcos de medio punto, sobre los que ángeles tenantes sostienen el heráldico escudo del Cardenal Mendoza, policromado, y sobre él un arco florenzado y orlado de cairelada crestería, cubierto todo por calado doselete con pináculos, agujas, hojarasca, etc., combinado con gran acierto.

Respecto á la fecha en que se hizo y á quién fuera su autor, según don Manuel Pérez Villamil (1), que ha escudriñado el archivo de la Catedral y estudiado sus documentos, resulta que se terminó al final del año 1491, y que trabajaron varios maestros, pero sin nombrar cuáles fueran éstos, siendo de suponer, dada la semejanza con la de Avila (comenzada en 1482), que Martín Sánchez sería uno de ellos, ó cuando menos se tomó la suya por modelo. La silla episcopal es posterior, y no debió estar hecha para el actual lugar, creyendo el Sr. Villamil que pueda ser del maestro Rodrigo Duque, autor de la parte baja de la toledana. De 1500 hay en las cuentas de fábrica una partida en que dice se dió un *castellano* por señal al entallador Francisco de Coca, por las sillas de los postigos, y en 1503, al maestro Gaspar, 3.700 maravedís por las *medias sillas del coro con los rincones*. Hay también otras partidas por las que se ve que el maestro toledano Petí Juan cobra 4.721 maravedís, y después 265, en los años 1517 y 1518, por reparar y recorrer seis sillas; así como en 1574 el maestro Martín Vandoma, natural de Sigüenza, ejecuta cuatro sillas más del orden inferior, dos á cada lado, que después se quitaron para colocar sendas tribunas de muy mal gusto, así como se han arrancado otras dos bajas para hacer dos escaleritas.

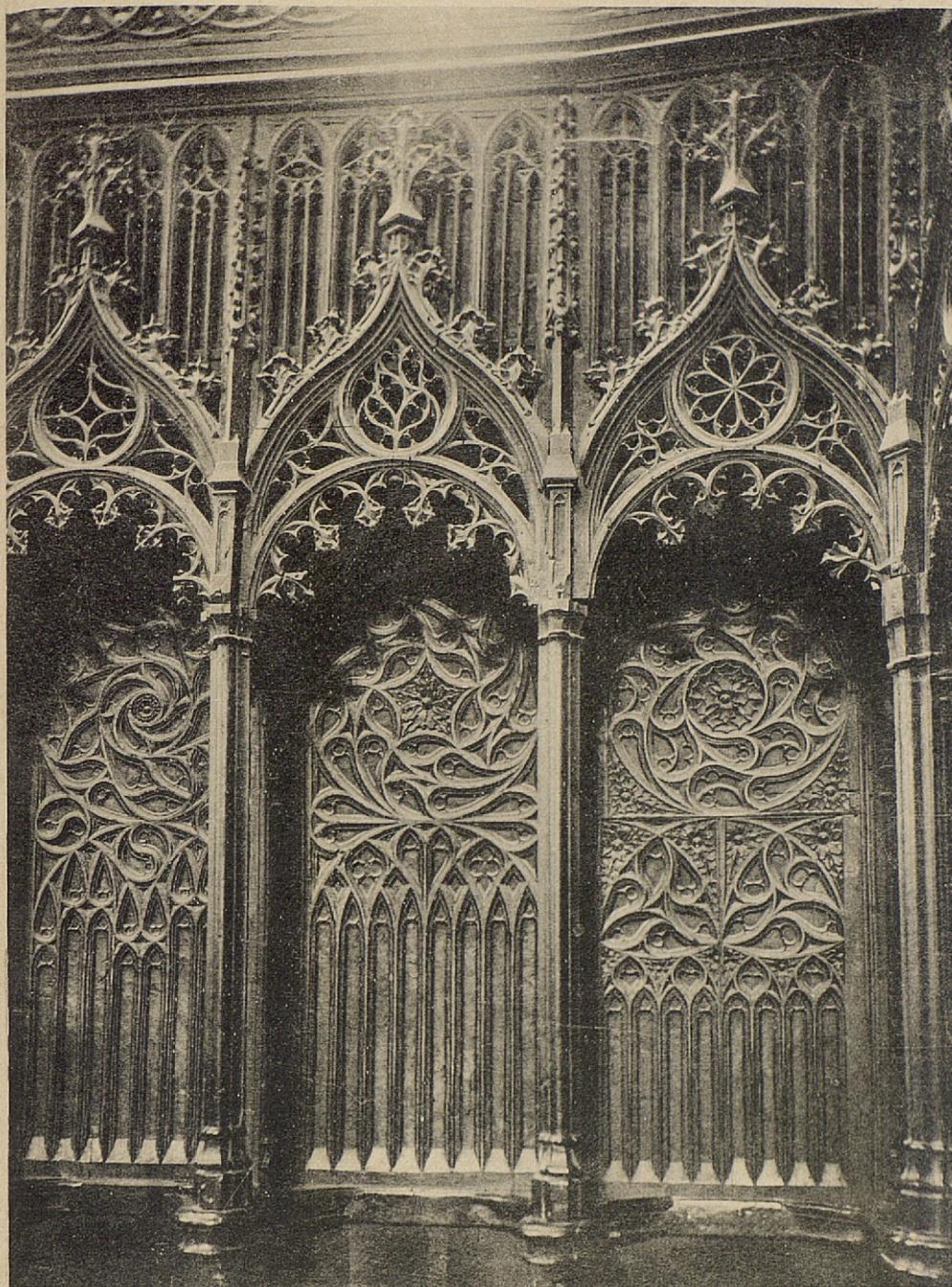
*Monasterio de Oña.*—Está la sillería en coro bajo, un sólo orden de asientos con entalladuras geométricas, y en conjunto es igual á la de Miraflores. Van unidos á ella dos artísticos templetos que cobijan en ambos lados del crucero las ocho urnas de reales personajes.

La forma rara en que está situada esta sillería, adosada á los muros del crucero, es un término medio entre la costumbre de colocarlas en la nave central, usada en las Catedrales, y la de fijarlas en el presbiterio.

Respecto á su autor y fecha de construcción no existen datos.

*Museo Arqueológico Nacional y Santa Clara de Palencia.*—Pertenecientes á este mismo periodo, tenemos en el Museo varios restos de siales; un grupo de tres, que pertenecieron al convento de Santo Domingo el Real de Madrid, cuyas maderas son de pino y roble, y otros tres respaldares procedentes del

(1) *La Catedral de Sigüenza.*



*Fotografía de Hauser y Menet.—Madrid*

DETALLE DE LA SILLERÍA DE LA CATEDRAL DE SEGOVIA

convento de monjas de Santa Clara de Palencia donde aún se guarda el resto de la sillería en el coro bajo, habiendo otro alto, liso y sin mérito alguno. Consta de dos órdenes de asientos con once en los lados y siete en el frente ocupando una extensión de unos quince metros por seis, habiendo muchas sillas con los respaldos lisos por haber perdido los antiguos. No tiene silla prioral ni existen datos respecto á sus autores.

*Catedral de Segovia.*—Ocupa el coro el centro de la Iglesia, y es su sillería de tracería canopial de la más rica y primorosa talla. En el frente figura el escudo heráldico del prelado D. Juan de Arias, que vivió por el 1461 á 1497.

Estaba colocada en la Catedral vieja, y en el año 1790 se trasladó, añadiéndosele 18 sillas de nogal, trabajadas por Huici, tallista del Real Sitio de San Ildefonso, por las que se pagaron 33.500 reales.

*Catedral de Palencia.*—Pertenece á dos épocas distintas, pues construida y colocada primero en otro lugar, fué trasladada en el año 1517 al coro nuevo y entonces sufrió grandes reformas y se entallaron 20 sillas más por el maestro vallisoletano Pedro de Guadalupe, pagándole 40.000 maravedís por cada una, reforma con la cual perdió sin duda bastante de su carácter primitivo, y á esta época debe pertenecer la silla episcopal, que colocada en el centro se eleva sobre las otras con su calado doselete, cuyas labores indican un período ojival no muy floreciente ó un artista mediano.

Consta, como todos los coros de Catedrales, de dos órdenes de siales, los bajos con tableros de labores geométricas, y los altos cobijados con dosel corrido y los correspondientes arcos canopiales, follajes y tracerías caladas propios del estilo ó arte del siglo XV.

Respecto á su autor, se dice que el maestro Centellas trabajó en ella por el año 1410, y que un Obispo, D. Sancho de Rojas, dió 2.000 florines para su construcción. Así consta por una carta del Cabildo al citado Obispo acusándole recibo de la cantidad de 76.000 maravedís entregados para la sillería, y suplicándole la donación de 24.000 para completar los 100.000 ofrecidos. Dice así la carta:

«Señor: El vuestro cabildo de la vuestra iglesia de Palencia, vuestros servidores y capellanes, con humildad y reverencia besamos vuestras manos y nos encomendamos á la vuestra merced, á la cual plega á saber: que las sillas del coro desta iglesia, que B. Señoría mandó hacer, están en buen estado y serán acabadas en breve placiendo á vos. E la silla principal obispal está acabada, en la cual por vuestro servicio hicimos poner 4 escudos en campo dorado con sus estrellas según que vuestras armas se suelen poner en semejantes obras, para lo cual V. Señoría hizo ayuda de 2.000 florines de los cuales la V. Merced mandó pagar al colector 50 mil maravedís y mas 25.000 maravedís que mandasteis dar al asistente de Cuéllar, vuestro familiar, y al Maestro Centellas que face las sillas le mandasteis dar mil maravedís, así quedan para cumplimiento de los dichos dos mil florines, veinte y cuatro mil maravedís, los cuales suplicamos á la V. Señoría, los mande dar á Pedro Estévanez de Alcántara vuestro familiar y otro canónigo, á quien encomendamos la obra de la iglesia para que las sillas sean acabadas. Si la V. Señoría non nos acorre quedará la obra por facer según las costas presentes...»

Es muy probable que estos temores se confirmaran y la sillería no se terminara por entonces, dependiendo de esto la variedad de trabajo y estilo que en ella se nota.

*San Juan de los Reyes (Toledo).*—En esta sillería nos encontramos ya en el orden bajo, con monstruos y animales más ó menos fantásticos; pero aún no se ve en ella representaciones de santos. En los altos, separando unos tableros de otros, colocó el entallador el cordón de San Francisco, así como en los respaldos tenemos la variedad de estar talladas, como elemento decorativo, las dos letras F é I en tipo gótico ornamental, iniciales de Fernando é Isabel, alternando con el yugo y flechas, emblema de los Reyes.

Según se deduce por una escritura, esta sillería fué obra de Juan Millán, natural de Talavera, que se comprometió á ejecutar las 80 sillas en dos años, empezando el 1494 y llevando á feliz término su obra (1).

PELAYO QUINTERO.

(Continuará.)

## Impresiones de la excursión á Andalucía.

Sin notarlo pasamos los excursionistas del año 6 al 7; aunque Igual, hombre previsora, había llevado buena provisión de uvas, el cansancio por un lado y el esperarnos un día muy ajetreado por otro, hicieron que los más de nosotros se echaran á dormir y guardaran para mejor ocasión la de comerse aquellas uvas. Aún era noche cerrada cuando Ciria, el infatigable excursionista é insuperable director de excursiones, tuvo que llamarnos uno á uno, pues todos roncábamos apaciblemente al llegar á Córdoba, y aún casi dormidos empezamos á recorrer en coche unos obscurísimos túneles (que tal parecían las calles), en los que niebla intensísima sólo permitía ver los muros, cuando la luz de un farol nos anunciaba el peligro de estrellarnos contra una esquina. Páramos en la Catedral, cuyas puertas no pensaban en abrirse, y en obscuridad absoluta dimos algunas vueltas por las calles; nada veíamos y nos hubiéramos creído en una ciudad deshabitada, si el sonido de un órgano y las voces de unas monjas que entonaban los maitines no nos indicaran que estábamos en un pueblo cristiano, en el que ya se festejaba el primer día del año.

Con el primer sacristán que abrió una puerta nos colamos en la mezquita. El efecto era sorprendente. Perdidos en aquella inmensidad que las sombras aumentaban, andando casi á tientas por entre aquel bosque de columnas, sin más luz que la lejana que allá lejos aparecía, moviéndose en el fondo de las naves, teniendo que llamarnos para no separarnos, más nos parecía estar en el fondo de misteriosa cueva que en el centro de una Catedral; el efecto de grandeza, de inmensa mole que aplana, efecto que siempre produce la iglesia cordobesa, no puede sentirse nunca con tanta intensidad como en aquella fría mañana de Enero, yertos los huesos con la humedad ambiente y buscando el espíritu un *más allá*, representado por una luz que indicaba el sitio donde iba á celebrarse el incruento sacrificio. Y así fué, en efecto: acudían algunos fieles á la Misa de alba, y con ellos nosotros comenzamos el año oyendo Misa. Deseamos á todos los consocios que acaben el año tan felices y contentos como lo empezábamos los seis excursionistas, que éramos: Ciria, Lampérez, Igual, Carrasquedo, Arenas y el que suscribe, magistrados ellos en el arte del saber y del decir, modesto juez municipal yo, y que, sin embargo de ello, ó tal vez

(1) Esta sillería, según noticias, fué quemada por los franceses durante la invasión napoleónica.

por lo mismo, fui el encargado de la grata tarea de contar á los consocios las impresiones de tan agradable viaje.

Cuando la luz lo permitió empezamos á recorrer la iglesia: llevábamos con nosotros al maestro, á Lampérez. Como él sabe hacerlo, nos explicó sobre el monumento la misión de los dobles arcos, el origen de los capiteles, las sucesivas ampliaciones de la mezquita, las prodigiosas labores del mihrab, la transformación de parte de la mezquita en iglesia cristiana por los tiempos del Rey Sabio, y por último, la magnífica Catedral del siglo XVI. Pero el tiempo apremiaba; no tratábamos más que de echar una ojeada á la mezquita y hubimos, á pesar nuestro, de abandonarla. Rápidamente vimos San Pablo, iglesia gótica modernamente restaurada, con una capilla mudéjar de construcción reciente, tan rica en detalles de ornamentación, como escasa de escrupulosidad histórica; San Miguel, curiosa iglesita de tipo cordobés; San Nicolás y el casino, monumental edificio, quizá único en su clase.

Después de almorzar en la estación, ni tan bien como hubieran querido nuestros estómagos, ni tan mal como en otras estaciones, salimos para Granada. Nada vamos á decir del camino; las estaciones están en cualquier guía de ferrocarriles; indicaciones de si en un pueblo hay buenas bellotas y en el de más allá nació Perico el de los Palotes, las da con profusión sobrada la clásica Baedeker; no diremos más, sino que al pasar por Antequera se hicieron sabrosos comentarios sobre la peña de los Enamorados, y que en Loja hicieron nuestras delicias unos roscos clásicos y una leche, que si no tan clásica como la de las Navas del Marqués, le supo á gloria á nuestros desfallecidos estómagos.

Y llegamos á Granada; instalámonos en el hotel y nos dormimos con la agradable tranquilidad de quien emplea bien el tiempo; nos habíamos despertado en la mezquita cordobesa y nos dormimos á la sombra de la Alhambra granadina.

La estancia en Granada fué, aunque corta, tan bien aprovechada, que para contar lo que vimos sería necesario escribir un libro, y como esto no es posible, nos limitaremos á hacer algo así como un diario de operaciones de aquellos tres inolvidables días. El 2 de Enero fué el primero que allí pasamos, y como en ese día se celebra la conmemoración de la toma de la ciudad por los católicos con una fiesta típica en la Catedral, á ella se dirigieron nuestros pasos, pero no tuvimos que preguntar el camino; aún no nos habíamos lanzado á la calle, cuando llegó en nuestra busca D. Manuel Gómez Moreno, ilustrado consocio á quien conocíamos todos por sus notables trabajos arqueológicos y en el que los excursionistas hallamos un cicerone ideal y un amigo cariñoso. Con tal guía recorrimos la Catedral, notable construcción del siglo XVI, no tan grande en dimensiones como en magnificencia, y que pasa sin embargo inadvertida, pues la gran obra granadina, la Alhambra, deja en sombra cuantos monumentos se agrupan á su alrededor. En la capilla real, donde están los sepulcros de los Reyes Católicos y sus hijos D.<sup>a</sup> Juana y D. Felipe, tiene lugar una curiosa ceremonia que recuerda el final de la reconquista; reunido el cabildo bajo la presidencia del Obispo, entra el síndico del Ayuntamiento llevando un antiguo pendón; le siguen los concejales, escolta y mucho público, porque el pueblo granadino tiene la gran virtud de conservar sus tradiciones, y al través de los siglos comprende que en aquella ceremonia hay algo más que lucir trajes y sonar las músicas. En el centro de la ca-

pilla tremóla el pendón el síndico (revolotea, dicen con su peculiar lenguaje los granadinos), saludando al altar, prelado, cabildo y regidores, recordando la señal famosa con que desde la Torre de la Vela anunció á sus reyes el Conde de Tendilla, el 2 de Enero de 1492, que el estandarte de Cristo ondeaba ya en toda la península. Entre las cosas notables de la Catedral, citaremos, sólo por curiosidad, los *confesorios*, pequeñas habitaciones abiertas en el espesor de los muros donde se ejercía el Sacramento de la Confesión.

Como el tiempo apremiaba hubimos de abandonar la Catedral, sin más que echar rápida ojeada á la sacristía, y dimos con nuestros huesos en los Jerónimos. Es esta hermosa iglesia el monumento más antiguo del renacimiento español; notable también por contener los restos del Gran Capitán. No tiene, sin embargo, el caudillo ninguna sepultura, una simple losa indica el lugar donde fué sepultado. ¿Causas de tal abandono? Las de siempre: una obra larga, primero; un pariente poco escrupuloso en cumplir un testamento, después; más tarde, una comunidad que da largas al asunto; luego, los franceses; la exclaustación, por último. Menos mal que, como con verdad dice la lápida, «su gloria no está sepultada con él». En el altar de la Epístola, en el crucero, hay á los lados del cuerpo principal dos efigies guerreras, que tienen la particularidad de ser sus cubrecabezas dos cosas parecidas á vacías de barbero: aquí tenemos el famoso yelmo de Mambrino. ¿Tomó de aquí Cervantes la idea? ¿Era un traje militar del que no hace mención la historia? Lo ignoramos; pero como la cosa es curiosa, la ofrecemos á los aficionados al estudio de la indumentaria; pues atribuirlo á capricho del escultor, en dos figuras grandes, en sitio preferente y con toda la armadura bien representada, nos parece hipótesis un poco aventurada. Imposible fué ver el coro, pues no hay galgo que coja las llaves en poder de una comunidad que tiene derecho á usufructuar la iglesia, no la usa, pero guarda las llaves, y gracias á que por ser la iglesia monumento nacional es asequible al público; el antiguo claustro, la escalera y algunos restos del monasterio están hoy destinados á cuartel de caballería; pudimos verlos, y menos mal que las necesidades de una aplicación tan distinta de la primitiva, han permitido la conservación de tan curiosos restos.

Por la tarde subimos á la Alhambra. Como ese día es costumbre granadina ir á la torre de la Vela, el palacio, desierto de ordinario, estaba lleno de gente, y aquella multitud abigarrada, con trajes de colores chillones en su mayoría, añadía tal encanto á los que el palacio árabe ofrece, que el aspecto de tristeza y abandono que generalmente tiene el mágico alcázar, se trocaba en otro de alegría y vida. La gente campesina, fiel á la costumbre, trepaba á la torre de la Vela para tocar la campana, pues haciéndola sonar en tal día, dice la fama que quien oficia de campanero se casa dentro del año: no pudimos nosotros por menos de subir á la torre, aunque para la mayoría no tuviera aplicación la conseja, y allá trepamos con dificultad por una estrecha escalera, escasamente alumbrada por algunas arpilleras. Recorrimos después el palacio de Carlos V, las torres de las Infantas y la Cautiva, y por un alegre camino que no tiene de triste más que su nombre (de los muertos), bajamos á la carrera del Darro, uno de los sitios más pintorescos de Granada. En la ciudad nos esperaba un granadino que se desvivía por atendernos, D. Luis Seco de Lucena, persona atentísima, que si sus ocupaciones no le permitían dedicarnos todo el día, suplía con sus agasajos y su amena conversación el tiem-

po que, bien á pesar nuestro, no estaba con nosotros. Con él dimos una vuelta en tranvía eléctrico por el camino de Huetor; con él fuimos al casino, siendo tan bien recibidos por su presidente Sr. Martos, que en lo sucesivo teníamos que tomar cerveza en los cafés, pues en el casino no hubo manera de que la clásica bolsa verde de Ciria se abriese para pagar un té; y por último, cuando nos despedíamos á la hora de comer, nos trajo un palco para ver aquella noche el drama histórico *La toma de Granada*. Es esta comedia de *moros y cristianos*, resumen de una época del romancero morisco, aunque de mérito literario escaso, tiene sabor local, y de aquí el que continúe representándose. En el tercer acto está todo el interés; molestos los moros granadinos por la famosa hazaña de Pulgar, colocando un cartel con la leyenda *Ave María* en la puerta de la mezquita, eligen su campeón á Tarfe, guerrero muy diestro, para que desafíe á los cristianos; recoge el reto Garcilaso, vence al moro, le corta la cabeza y vuelve al Real con ella enarbolada al extremo de su lanza, á guisa de banderola. El desafío de Tarfe tiene lugar desde el patio de butacas; entra por el pasillo montado á caballo y desde allí reta al cortejo real que está en el escenario, nombrando á los paladines más afamados del ejército cristiano; recogen éstos el guante y poco rato después aparece, también entre las butacas, Garcilaso que regresa del combate con la cabeza del vencido. Tanto el reto del moro como el parlamento del cristiano no carecen de energía, y como la causa es simpática, recuerda al pueblo una lucha épica y á Granada una época crítica de su historia, es perfectamente explicable el afán con que el público acude ese día al teatro, y el interés con que sigue el desarrollo del drama. Nosotros nos alegramos infinito haber hecho la excursión en ocasión de poder verlo, y buena prueba de ello es que volvimos al día siguiente á ver la obra y en todo el viaje hablamos mucho de ella: verdad que en la estación de Baeza, á los pocos días, hubimos por fuerza de acordarnos de la comedia, pues nos encontramos al moro Tarfe tomando pasaje con billete kilométrico. ¡Misterios de la civilización!

Amaneció el día 3, y aún era temprano cuando nos encaminábamos á la Alhambra. Al paso entramos en San Matias, iglesia con cubierta de madera del tipo granadino, y Santo Domingo. La Alhambra la vimos como nadie; los dos Gómez Moreno (padre é hijo) nos hicieron ver hasta los últimos rincones; pero no como cinta de cinematógrafo, sino explicando las cosas, llamándonos la atención acerca de lo más notable que cada aposento encierra, haciéndonos comparar unas estancias con otras, distinguir unos de otros estilos, todo con tal claridad, tanta abundancia de datos y tal amenidad en la conversación, que insensiblemente oímos una lección de arte é historia granadina, tan precisa y completa como sólo de ellos puede escucharse. La enumeración de las cosas que vimos no puede hacerse, baste sólo decir que hasta el harem en restauración y la antigua rauda, estancias que por su mediano estado raramente se enseñan, pudimos verlas á satisfacción.

Aquella tarde nos había usurpado Seco de Lucena. Tiene este señor un Carmen, llamado de Rumaya, en lo alto del Albaicín, y en él nos invitó á pasar la tarde. Este barrio es el más pintoresco de Granada; no ha entrado por allí aún la piqueta, y la gente nace, vive, muere y no se lava nunca, lo mismo que en tiempos de Abdul-Haddjad. La entrada al barrio por la puerta de los Estandartes, en la llamada plaza Larga (que es como un pañuelo) no debe haber variado gran cosa desde Aben Humeya; aquellas mismas casas

debieron presenciar la rebelión, pues en la plaza fué donde se juramentaron los moriscos, y en la puerta donde en señal de revuelta se izó la señal convenida. Iglesias no faltan en aquel barrio, todas son del tipo granadino inmediato á la reconquista; tres naves con cubiertas de maderas vistas de entrelazados geométricos y tres ábsides torneados con cubiertas de casetones; los de Santa Isabel son los más grandes que tal vez existan; San Pedro, San Nicolás y San Cristóbal son del mismo tipo, con ligeras variantes. Fuimos en seguida á la puerta de Moraita, que formaba parte del primitivo recinto construído en el siglo XI durante el dominio de la dinastía Zirita, y después de recorrer algunas calles curiosas de aquel barrio, paramos en el Carmen de Rumaya. Bien aprovechó la ocasión Seco de Lucena para obsequiarnos; un té le sirvió de pretexto para darnos champagne, y lo desapacible del día nublado y tristón fué motivo para invitarnos á volver en ocasión más propicia, y todos, en nuestro fuero interno, hicimos voto de aceptar la oferta, pues aquel rincón escondido entre granados, bastante lejos de la ciudad para no oír su ruido y bastante cerca para no carecer de nada, con espléndida vista sobre la vega y con grandes comodidades dentro de casa, debe ser encantador en primavera; y cuando al caer la tarde abandonamos aquella casa, todos envidiábamos al propietario, que puede darse el placer de descansar de la lucha cotidiana en aquel rincón privilegiado del planeta, que el historiador árabe Ibn-Aljathib llama «recreación de los ojos y satisfacción de las almas».

El día 4 no fué menos aprovechado que los anteriores; la Merced, el Hospital Real y la Cartuja consumieron la mañana, y por la tarde, Gómez Moreno padre nos llevó á ver *su escuela*, la de Artes é Industrias, modelo de esos centros de instrucción en el que los alumnos aprenden arte verdad; luego en la famosa casa de los Tiros alcanzamos á ver una soberbia espada árabe, (dicen perteneció á Boabdil), y por último, subimos al Generalife, mágico palacio que tal vez impresiona más que la Alhambra; pero esta nos atraía y volvimos á ella. Caía el sol de un día espléndido; la nieve de la sierra brillaba como plata fundida; el cielo se enrojecía á la luz del sol poniente; los mil variados tonos de la vega empezaban á confundirse; las Torres Bermejas brillaban como teas encendidas; los que estábamos en aquel momento en el jardín de los Adarves no podíamos contener nuestra emoción ante aquella grandeza, y cuando puesto ya el sol, brillando aún las cimas de Mulhacen y el Veleta, emprendimos el regreso, mudos ante tanta majestad, revolvíamos en nuestra mente mil recuerdos... Boabdil el Zagal, Isabel, los Abencerrajes y nuestros vecinos los franceses, que á pretexto de considerar obras de fortificación los débiles muros de la Alhambra, hicieron minas, prendieron fuego á la mecha, y gracias á la intrepidez de un anónimo soldado español pudo impedirse la destrucción de una obra que querían derribar por no poder llevársela.

Y llegó al día siguiente el momento de partir, y cuando empezamos á correr por la Vega granadina recordábamos con placer los días pasados, y con tristeza el habernos separado de los Sres. Gómez Moreno, Seco de Lucena, general Serrano, Martínez Victoria y demás amigos que nos acompañaron por Granada.

Pocas ciudades habrá en España con posición más soberbia que Guadix; al pie de Sierra Nevada y con feracísima vega, su aspecto alegre invita al

viajero á detenerse. Sin embargo, es poco conocida, y esto se debe á haberle ocurrido con respecto á Andalucía, lo que á la Catedral de Granada con la Alhambra; al hablar de Andalucía nadie se acuerda más que de Córdoba, Sevilla y Granada; como al hablar de Granada sólo recordamos á los moros, desdeñando á los cristianos que también produjeron obras notables; esto explica que Guadix, como Ronda, Ubeda y tantas otras, sea conocida sólo de nombre por algunos y no por ella en sí, sino *por reflexión*, por haber sido la patria de Alarcón; algún erudito recordará que fué el primer Obispado español, pero nadie dirá palabra ni de su magnífica Catedral, ni de sus curiosas cuevas, ni de aquel carácter de ciudad árabe andaluza que conserva como ninguna. Pero el carácter más marcado de arcaísmo no se lo dan las calles estrechas, ni las casas bajas, ni la carencia de alineaciones rectas en la vía pública, no; se lo dan sus *cuevas*. Mas de la mitad de los accitanos son trogloditas, viven bajo tierra, en casas semisubterráneas que la formación geológica ha permitido hacer con facilidad. El terreno es arcilloso, y la abundancia de los cursos del agua que bajan de la sierra ha creado una serie de barrancos poco profundos, con laderas casi verticales, esto permite abrir al exterior puertas y ventanas y dar salida al humo, horadando la tierra; el sistema es ingenioso y muy bien entendido, pues en un clima tan frío el problema de la calefacción tiene gran importancia y no hay material más térmico que la tierra. La nomenclatura municipal no se hace por calles sino por cañadas, y así reza el padrón, *cañada ojea*, de los gitanos, del armero, etc., y en todo aquel populoso barrio no hay más *construcción* que la escuela, moderno edificio construído y sostenido á expensas del Obispo, donde pudimos ver que la enseñanza era práctica, y con muy buen sentido se prefiere que aprendan á leer cinco niñas, que una á hacer encaje de bolillos; todas las demás viviendas, desde la iglesia hasta la casa de la maestra, modelo de arreglo y limpieza, están excavadas en la arcilla. Una tarde entera pasamos en aquel barrio, que recorrimos de punta á cabo, acompañados por D. Manuel Martínez García, familiar del señor Obispo, que no nos abandonó en todo el día.

La Catedral, obra hermosa de fines del siglo XVIII, con una sillería de coro digna de estudio (cedemos la palabra al Sr. Pelayo Quintero); Santiago, iglesia del tipo granadino; San Francisco, Santa Ana y Santo Domingo, con cubiertas de madera muy bien conservadas, y San Agustín, neo-clásica, forman un cuadro muy extenso, acerca del cual esperamos diga algo el Sr. Lampérez. Después de ofrecer nuestros respetos al señor Obispo y agradecerles sus atenciones, lo mismo que á los canónigos D. Antonio Ortiz y D. Manuel Martínez, que muy atentos con nosotros nos acompañaron por la población, abandonamos la ciudad y tomamos el tren para Almería.

Desde La Calahorra hasta el mar, puede decirse que el tren se despeña; la unión de la Sierra de los Filabres y la Nevada forma un escalón que en pocos kilómetros baja de 700 metros al nivel del mar, y en ese trayecto no es exagerado decir que la locomotora no gobierna al convoy, sino el convoy á la locomotora; con la rapidez de la marcha es mayor el contraste de clima; frío en Guadix, casi tropical en Almería.

Apenas instalados en la fonda y después de preguntar con gran interés á qué hora se comía unos, y otros (el cronista entre ellos) dónde se escribía, salimos á la calle; nuestra buena estrella nos hizo tropezar con D. José Paniagua,

atento amigo nuestro á quien secuestramos en el acto. Domina la ciudad antigua alcazaba árabe, enorme construcción, y allá se dirigieron nuestros pasos, después de dar una vuelta por el muelle; aunque la subida es penosa, puede darse por bien empleada para disfrutar de la espléndida vista del puerto. Pocos son los restos que quedan de la primitiva fortificación árabe, la mayor parte son posteriores á la reconquista; de tiempo de los Católicos hay restos de una capilla con ingreso cobijado por arco canopial y una escalera en la que abundan los signos lapidarios, entre los cuales hay uno igual al característico de las murallas cicópleas de Tarragona.

Ofrece la Catedral de Almería un curioso modelo de iglesia fortificada, está rodeada por altos muros coronados por almenas, sin más huecos que las puertas, y en los ángulos hay torreones salientes de planta cuadrangular, que servían como obra de flaqueo. El interior es ojival, influenciado por la Catedral sevillana; sus tres naves son de igual altura, resaltando sólo un poco la del crucero; el conjunto es severo y frío, adornado con algunas obras de arte, entre los que debe mencionarse un altar en la cabecera de la iglesia con buenas esculturas, que parecen ser del siglo XVI, y algún cuadro en la sacristía. Es también digna de verse la iglesia de Santo Domingo, de planta original, y la estación del ferrocarril, adornada con cerámica de colores vivos, cuyos tonos brillantes armonizan muy bien con el cielo y la luz intensa de que disfrutaban los privilegiados habitantes de Almería. Lástima es que en población tan bien situada deje la urbanización tanto que desear; no hay muestras de riego en las calles, escasísimo número están empedradas y la limpieza anda descuidada; haga un esfuerzo el Municipio, y con seguridad que á poca costa la ciudad, hoy por completo mercantil, se convertiría en estación invernal; pero al propio tiempo es necesario que los hoteles mejoren un poco, pues á juzgar por el que nos albergó (cuyo nombre llamamos para que no huelga á *contra reclamo*) la pulcritud era tan escasa como en cualquier venta cervantina.

A medio día del 7 salimos de Almería, y hasta la una del 8 no llegamos á Jaén, molidos de tanto tren, tanto cambio y tanto apetito, pues no pudimos comer hasta Espeluy, y después de diez horas de ayuno, mal disimulado con unas naranjas, la comida, propia de fonda de estación, nos pareció digna de un César. No es Jaén población que se ve en un día, pues sólo la Catedral consume más. Es una obra colosal, construcción risueña y alegre, clásica, sin pesadez, ligera en apariencia aunque sus macizos sean enormes, clara como pocas, pues no tiene retablo el altar mayor, y desde los pies de la iglesia se ven las ventanas de la girola, que es cuadrada. Su autor, Pedro de Valdévira, era un clásico que tenía más de artista que de geómetra. El coro es enorme y bien tallado, y el sagrario, obra de Ventura Rodríguez, es bello en proporciones, aunque frío, como casi todas las producciones del gran arquitecto.

Poco tiempo teníamos para ver la ciudad, y sólo echamos un vistazo á San Ildefonso, á San Bartolomé, iglesia del tipo granadino que conserva una magnífica pila bautismal de cerámica; la Magdalena, gótica, que tiene en el patio una piedra con inscripción árabe por un lado y romana por otro (curioso ejemplo de aprovechamiento de material), y San Andrés de un tipo difícil de definir, de planta cuadrada con tres naves separadas por arcos de herradura, con restos de haber tenido arrabaá y una capilla gótica á los pies, ce-

rrada con verja del renacimiento, mejor labrada que concebida en conjunto.

En un lienzo de la antigua muralla está la puerta de San Lorenzo, y en uno de sus machones hay una capillita del siglo XV con un altar, cuyo frontal es de magnífico azulejo alicatado; en el friso dice una inscripción: «esta capilla de Jesús Nazareno es del Hospital de la Madre de Dios». Bien merece ese monumento serlo nacional, y en Jaén debe conservarse con cuidado, pues es uno de los poquísimos restos antiguos que conserva la ciudad, que dicho sea de paso, ha perdido por completo su carácter; hoy es de un eclecticismo abrumador.

Aquella tarde, última de la excursión, nos dividimos en dos grupos: uno volvió á la Catedral, donde pudo ver la famosa «Cara de Dios», que es uno de los paños de la Verónica, y el relicario; mientras que el otro, compuesto por junto de Lampérez, el cronista y D. Fernando de los Ríos (ilustrado archivero municipal que nos acompañó todo el día), subió al castillo en busca de una capilla de Santa Catalina, que, en efecto, aún no ha sido derribada y sirve hoy día de almacén al guarda de la fortaleza. No es la capilla más que una reducida habitación cubierta por bóveda de arista, con unas fajas en que hay esculpidos castillos y leones, pero hechas por artistas árabes sin duda.

Amaneció el día 9 y con él el de separarnos. En la estación de Madrid tomó cada cual su camino, recordando con placer aquellos días y prometiéndonos todos reincidir para la próxima.

## EPÍLOGO

El día de nuestra marcha había acudido á despedirnos D. Pablo Bosch (su nombre es bastante conocido en la sociedad para que haya necesidad de decir más). Nos invitó á ver sus cuadros, y en su casa nos reunimos el día 12 los Sres. Barón, Ciria, Dr. del Amo, Anibal Alvarez, Lampérez, Carrasquedo, Arenas, Pelayo Quintero, Garnelo, Cánovas y el que firma. Aunque sus pinturas y sus medallas son bien conocidas, no puede mirarse sin interés aquella colección, que si no es muy numerosa, es sin duda la más completa de las particulares de España. Dos primicias nos enseñó aquel día el Sr. Bosch: dos cuadros de reciente adquisición, lienzo español el uno, tabla extranjera la otra, que aún no figuran en la colección, hasta que la limpieza y retoques de que están bien necesitados los pongan en condiciones de figurar al lado de las demás obras maestras de aquella casa.

Los dos hermanos Bosch nos atendieron con la atención y cortesía en ellos peculiares, y al abandonar su casa no se nos ocurría más que una pregunta. ¿Qué cantidad de constancia, paciencia é inteligencia habrá tenido que emplear su dueño para en pocos años reunir una colección tan valiosa?

SALVADOR GARCÍA DE PRUNEDA.



## SECCION OFICIAL

Domingo 3 de Marzo.—Excursión por Madrid.

Lugar de reunión: El Ateneo.—Hora: diez de la mañana.

Al terminar la excursión almorzarán juntos los socios que así lo deseen.

## FIESTA DE CONMEMORACION

A propuesta del señor Director de Excursiones, D. Joaquín de Ciria, y con el buen deseo de realizarla en mejores condiciones para los socios, se traslada este año la fiesta de nuestra Sociedad al primer domingo de Abril. En el número de Marzo se publicarán todos los detalles.

## EXCURSION DE SEMANA SANTA

La está organizando el Sr. Ciria y su anuncio se publicará también en el número de Marzo.

## EXCURSION A COLMENAR Y MANZANARES EL REAL

Para el próximo mes de Abril se prepara una excursión á estos dos pueblos de la Sierra, cercanos á Madrid, con objeto de visitar la Iglesia parroquial de Colmenar y el Castillo de Manzanares el Real.

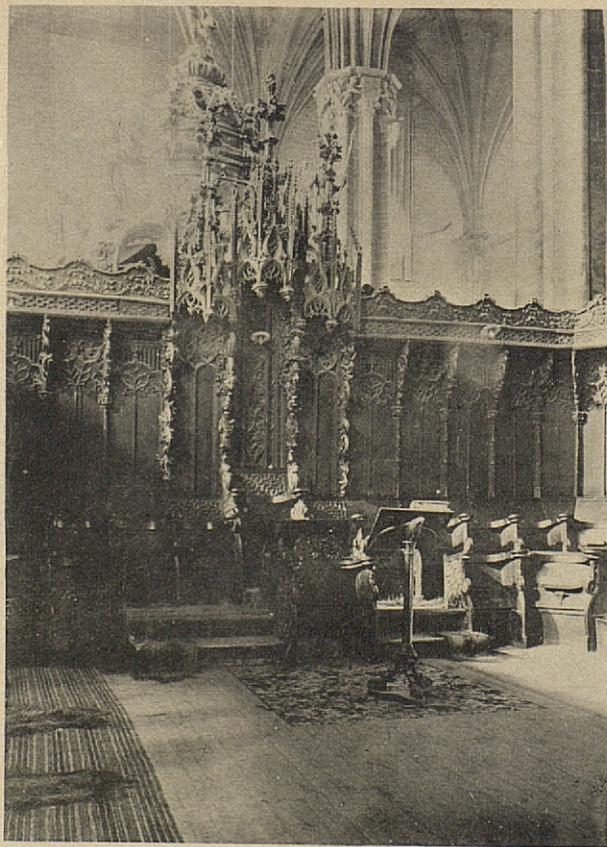
La excursión se hará en carruaje y durará un día. Las condiciones económicas no pueden precisarse porque dependen del número de adheridos.

Cuantos deseen tomar parte en ella se dirigirán, hasta el 10 de Abril, á D. José Ibáñez Marin, calle de la Concordia, 4. Una vez conocido el número de adheridos, se fijarán las condiciones económicas y el día festivo del mismo mes de Abril en que se realizará.

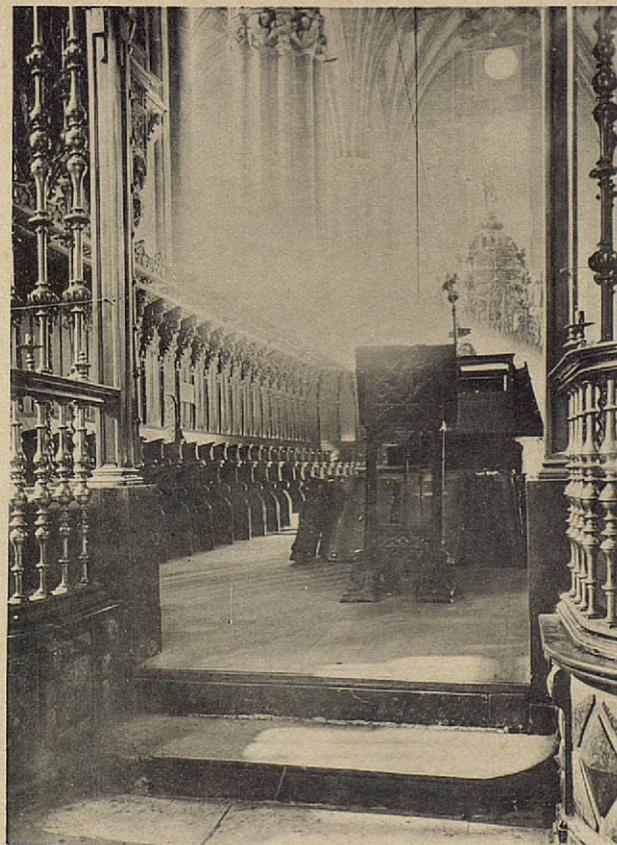
La excursión tiene además el atractivo de ver en conjunto el panorama de las Pedrizas.

Si hubiere tiempo, se visitarán las obras hidráulicas hechas en el río Manzanares por iniciativa del Sr. Marqués de Santillana.



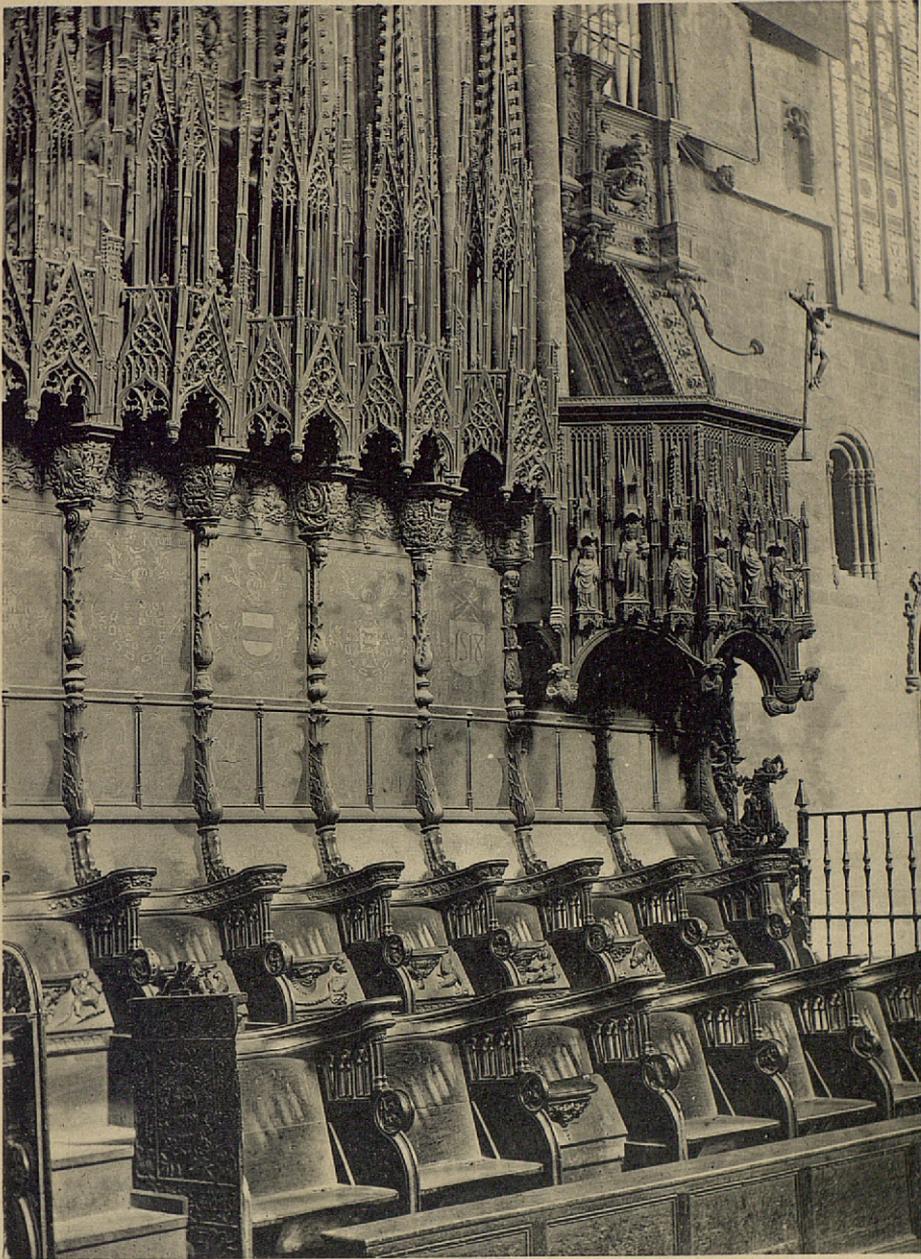


Frente de la Sillería



*Fototipia de Hauser y Menet.—Madrid*  
Vista general

CORO DE LA SEO EN ZARAGOZA



*Cliché R. Robreño*

*Fotografía de Hauser y Menet. — Madrid*

CATEDRAL DE BARCELONA

Púlpito y primeras sillas del lado del Evangelio



*Fotografía de Hauser y Menet. — Madrid*

AVILÉS

Palacio de Camposagrado